



En Memoria de Eva Schlosser (Q.E.P.D.)

Selección de texto realizada para la "Cadena Fraternal", Página editada con los auspicios de la Respetable: Logia: Simbólica: "La Fraternidad Nº 62" de Tel Aviv, Israel

PLANCHAS 1067

A.L.G.D.G.D.U.

S.F.U.

V.M. QQ.HH.

CÁTAROS, TEMPLARIOS Y MASONES: ¿"UNA ESPIRITUALIDAD COMÚN"?

Se ha dicho, con demasiado entusiasmo y poco rigor, incluso en algunos balaústres leídos y publicados por logias masónicas -cuyas fuentes y lenguas no revelo por pudor- que "Cátaros, Templarios y Masones comparten una espiritualidad común". Afirmación harto imprecisa y demasiado amplia. Si no fuera debida a una moda reciente, en parte originada por el sorprendente éxito de la novela de Dan Brown "El Código Da Vinci", quizá no valdría la pena aludir a ella. Gracias a dicha moda, también, la zona del Languedoc, al sur de Francia, plena de restos de pueblos cátaros y castillos templarios -e involucrada en la controvertida leyenda del exilio de María Magdalena a Europa, junto con José de Arimatea y otros seguidores del Nazareno, después de su crucifixión- se ha beneficiado de un interés histórico y literario que produjo, asimismo, cierto auge turístico. Después de un viaje a esa región, privilegiada por su belleza natural y arquitectónica, y de un estudio y reflexión sobre el tema

de esta plancha, quise compartir con mis HH. mi opinión sobre ese galimatías; significando, este último vocablo, un lenguaje embrollado y oscuro por la impropiiedad de la frase o la confusión de las ideas.

Como ya he escrito sobre la Orden del Temple y la Masonería en otros Trazados de Arquitectura, comenzaré aquí por los cátaros. Éstos constituyeron un movimiento religioso con fuerte influencia gnóstica que surgió a mediados del siglo X, considerado por la Iglesia Católica como herético. Hubo comunidades cátaras dispersas por toda Europa occidental, pero su foco principal estuvo en el Languedoc. Fueron virtualmente exterminados durante la Cruzada Albigense, o Cruzada Contra los Cátaros (1209-1244) iniciada por el Papa Inocencio III con el apoyo de la dinastía de los Capetos, entonces reyes de Francia. Los cátaros constituyían una facción anticlerical, opuesta al papado y al catolicismo, que mostró abiertamente su rechazo a la corrupción de muchos clérigos y prelados de la época. Si bien es difícil formarse una idea exacta de las doctrinas cátaras, ya que los datos sobre ellos provienen de sus enemigos, los escasos textos cátaras que aún existen (como el Ritual Cátaro de Lyon y el Nuevo Testamento en provenzal) contienen cierta información acerca de sus creencias y prácticas morales. Los miembros de su élite religiosa y teológica fueron llamados *Cathari* o "Perfectos", de donde quizá provenga su nombre. Era poco numerosa y el grueso de los creyentes o *Cedentes* no estaba iniciado en la doctrina en absoluto. Simplemente fueron liberados de cualquier prohibición moral o religiosa anterior, a condición de que prometieran, mediante una ceremonia denominada *Convenza*, convertirse en cátaros aceptando el *Consolamentum*, una especie de extremaunción con imposición de las manos, único sacramento exigido, antes de la muerte. Aunque los "Perfectos" abominaban de la procreación, por considerarla asociada al orbe de la materia, la permitían moderadamente entre los

creyentes para mantener temporariamente las comunidades hasta la redención final. Toleraban también la sodomía y otras prácticas sexuales no conducentes a la gestación. Esta liberalidad sexual suele encontrarse también en otras herejías, como la de las ofitas y otros grupos gnósticos de los primeros siglos del cristianismo, o en sectas de otras religiones, como el sabatismo entre los judíos del siglo XVII.

La doctrina cátara era dualista, basada en la creencia de que el universo estaba compuesto por dos mundos en conflicto; uno de índole espiritual, creado por Dios, y otro de naturaleza material forjado por el *Demiurgo*, que ellos identificaban con Satanás o el Diablo y también, ambiguamente, con el Dios del Antiguo Testamento. No creían en la Virgen ni en los Santos, ni que Jesús había sido realmente crucificado; lo concebían más bien incorpóreo, un ser intangible que mostró el camino al "buen" Dios etéreo, trascendente y prescindente de lo material, que era identificado con el mal. Todo ello iba contra la concepción de la Trinidad y el Dogma de Nicea, esencial para la Iglesia Católica y era el aspecto del credo cátaro que más repudiaba. Los "Perfectos", que se creían descendientes de los Apóstoles, tenían supuestamente el poder de borrar los pecados y nexos con el mundo material de la persona, de manera que pudieran, después de la muerte y de una serie de reencarnaciones, pasar al mundo espiritual. A las mujeres se las trataba como iguales, porque el género era para ellos algo irrelevante y podía cambiar de una reencarnación a otra. Una de las pautas cátaras que resultaron más molestas a los demás en la Europa del Medioevo, fue la de que jurar era un pecado, basada en la suposición de que los juramentos ligaban a la gente con el mundo material. Ello era especialmente engoroso porque en una sociedad virtualmente analfabeta como la medieval, casi todas las transacciones comerciales y compromisos de fidelidad se apoyaban en juramentos. No obstante, el movimiento de los

bonhomies, como también eran llamados, creció y se fortaleció hasta llegar a constituir una amenaza para la Iglesia, a tal punto de que ésta decidió lanzar una cruzada para exterminarlos. Se la llamó albigense por la ciudad de Albi, cerca de Tolosa, donde había una gran concentración de cátaros y porque luego se instauró allí la sede de la dirección papal de la cruzada. La tenaz resistencia de los cátaros, con los cuales simpatizaba casi toda la nobleza del Languedoc, hasta la batalla final de Montsegur, fue extraordinaria; lucharon hasta el último hombre, desesperadamente, sin dar cuartel y muchos fueron quemados en la hoguera por la Inquisición. Ésta estaba formada básicamente por monjes dominicos, los tristemente célebres *Dominicanos*, o "Perros del Señor", de igualmente destacada actuación en los juicios y torturas a los Caballeros Templarios, un siglo más tarde, y a los criptojudíos en el siglo XV.

En cuanto a la Orden del Temple, mucho se ha hablado de una relación entre templarios y cátaros, basada en el Romance trovadoreSCO "Parzival", de Wolfram Von Eschembach en el siglo XIII –que inspiró más tarde la obra de Richard Wagner, Parsifal- donde se dio a conocer el mito del Grial. En él se dice que "valientes caballeros tienen su morada en Montsavatge donde se guarda el Grial: son los Templeise". Sin embargo, no es seguro que se aluda a los Templarios, porque en alemán se usan otras palabras para referirse a ellos (tempelritter, tempelorden, etc.) y Montsavatge no es necesariamente Montsegur, el último bastión cáraro, donde, según algunas leyendas, antes de su caída, cuatro fugitivos huyeron llevándose un valioso tesoro que supuestamente era el Grial. Pero entre los templarios o durante su proceso, no se encuentra la menor referencia al Grial ni al catarismo, algo que hubiera venido muy bien a sus acusadores. Incluso San Bernardo de Claraval, el gran protector e inspirador del Temple, viajó al Languedoc para predicar contra los

cátaros y los dos primeros enviados por el Papa para esta misión, pertenecían a su misma orden monástica, el Cister, o Cisterciense.

Por ello, a mi parecer, si bien es sabido que la Orden Templaria como tal no tomó parte oficial en la cruzada albigense, y se habla de cátaros que se refugiaron en los castillos -cercanos, por añadidura- de los templarios, suponer una complicidad entre unos y otros es problemático. La mera actitud de piedad y horror ante la matanza pudo llevar a los templarios, como también sucedió con muchos judíos del Languedoc, a dar refugio a los perseguidos.

Por otra parte, los templarios no elaboraron un dogma propio, herético y distinto del credo católico, globalmente compartido como los cátaros, aunque también fueron acusados de herejes. No obstante, un manuscrito descubierto, o quizá "desempolvado" de la Biblioteca del Vaticano en 2001, el Pergamino de Chinón, absuelve a los templarios de los "crímenes" imputados por sus inquisidores, y los reintegra al seno de la Iglesia, si bien no descarta ciertas actividades e ideas de influencia gnóstica y juanista. A comienzos del siglo XIV, el Papa Clemente V, gestor de la persecución a la Orden del Temple junto con Felipe el Hermoso, Rey de Francia, su principal promotor, convocó a muchos de los caballeros templarios de más alto rango, entre ellos el Gran Maestre Jacques de Molay, para determinar la veracidad de las alegaciones contra ellos. Fueron llevados a Chinón, donde se reunieron con tres cardenales. El relato de dicha reunión y las confesiones de los caballeros comprenden el texto de dicho pergamino (fechado 17-20 de agosto, 1308) así como una absolución de sus pecados. El escrito es explícito en cuanto a que los acusados admitieron los cargos, incluyendo la sodomía, la negación de Jesús, los besos ilícitos, la profanación de imágenes sagradas y la adoración de una cabeza como ídolo idolátrico. Esta última alude probablemente a Bafhomet, una testa simbólica de ambiguo significado,

que recuerda quizá la de Juan Bautista, quien, para algunos grupos gnósticos llamados juanistas, era más importante que el propio Jesús. El resto de los pecados coinciden con ciertos ritos de los sufíes gnósticos, con los cuales los templarios entraron en contacto durante su estadía en Tierra Santa.

Al fin y al cabo, la Orden del Temple hacía voto de obediencia y estaba sometida directamente al Papado; había luchado contra los infieles y adquirido incontables riquezas y gran poder en el seno de la Iglesia. Su debacle probablemente se deba más a esto último y a la codicia del rey de Francia, con la anuencia de un Papa subyugado, el primero que reside de manera estable en Aviñón, que a las presuntas "herejías" usadas como pretexto para su persecución. Los templarios curiosamente no se defendieron, a pesar de su fama de imbatibles guerreros y sus cuantiosos recursos; aunque muchos lograron escabullirse a España, Portugal y Escocia. Su precipitada caída sigue intrigando a los investigadores, así como la desaparición de su flota, la más poderosa de Europa en ese entonces, y sus tesoros; como también sigue siendo un misterio el presunto tesoro de los cátaros, que, como se ha dicho, se creyó que contenía el Grial. La denodada resistencia de estos últimos y el aferramiento a su fe, hizo suponer a muchos que los cátaros poseían secretos de índole sagrada y maravillosa que merecían luchar y morir por ellos.

Ahora bien, el hecho de ostentar una religión completa, diferenciada del catolicismo, que ellos consideraban la religión verdadera, nos inhibe de aceptar la idea de una "espiritualidad común" entre cátaros y templarios. El hecho de que ambos tuvieran sus mayores concentraciones en Occitania, de que fueran perseguidos por la Iglesia y compartiesen algunos rasgos en sus rituales, no basta para afirmar un nexo íntimo

entre ambos. Las relativas coincidencias, como la importancia atribuida al Evangelio de Juan y cierta liberalidad sexual, oculta o manifiesta, puede explicarse tal vez por la sutil y recurrente influencia gnóstica entre los grupos con inclinaciones esotéricas. Una influencia no exenta de riesgos, como lo he dicho en mi plancha de otrora, "Atracción y peligros del gnosticismo".

Mucho menos, entonces, puede plantearse una espiritualidad común con la Orden Masónica. Ciento es que en el acervo de la Masonería Especulativa figura la Gnosis y, que Albert Pike la consideró como "esencia y meollo de la Masonería". La Gnosis, sí, pero no el Gnosticismo, conceptos que han sido a menudo confundidos. La Gnosis, en su acepción inicial, pre cristiana, significa el conocimiento directo o inmediato de los misterios del espíritu, un conocimiento como el que buscaban los grandes filósofos griegos (Platón, Aristóteles, Plotino, etc.) y sus discípulos, que también participaban de los cultos iniciáticos de Misterios, y que combinaban la búsqueda filosófica de la verdad con el saber iniciático de naturaleza simbólica. Ésta es la Gnosis que también busca el masón, a su manera. El gnosticismo, en cambio, es el producto multifacético de un pensamiento religioso que surge en los siglos I y II de la Era, y combina la religión cristiana naciente con remanentes de antiguos credos dualistas y prácticas paganas.

QQ.HH, quizá estemos actualmente ante la formación de un nuevo mito literario centrado en el misterio del Grial, cuyo custodio se ha atribuido tanto a cátaros como a templarios. Ya hemos mencionado el Romance de Parzival, que ha vuelto a ser objeto de minuciosos estudios. También se ha vinculado el Grial a Bafomet, palabra de los templarios que algunos atribuyen al nombre de Mahoma en francés y catalán (Mahomet,

Mafumet). Otra versión, más interesante, aunque igualmente mítica, lo asocia con dos términos griegos que significan "Bautismo de la Sabiduría", y que habría sido expresada por los cátaros en cuanto a considerar a Juan Bautista como el auténtico mesías, que ofreció el bautismo como iniciación a quien sabía que debía sucederle; ya que estaba en condiciones de conocer su muerte cercana. La presunta cabeza, que tantos sinsabores ocasionó a los caballeros del Temple capturados por la Inquisición sería, según esta versión, la cabeza embalsamada del Bautista que los templarios habrían encontrado en sus excavaciones en el Monte del Templo de Salomón, cuando estaban en Jerusalén. Dicha cabeza sería el verdadero Grial, símbolo del poder sagrado absoluto. Esta expandida, pero a la vez velada corriente "juanista" podría haber dado base -según la misma versión- a la composición de "La Virgen de las Rocas", de Leonardo Da Vinci, donde Jesús es el que parece adorar a su primo Juan. Además, esa corriente supuestamente secreta, podría considerar también a María Magdalena como la verdadera piedra sobre la que se asienta la Iglesia, en vez de Pedro; idea presuntamente sustentada en el célebre cuadro "La Sagrada Cena", donde una mano misteriosa parece querer cortar la yugular del enigmático "discípulo amado", que no sería otro que la Magdalena. La ausencia del cáliz de la mesa ha sido interpretada como que el vino, simbolizando la sangre que da la vida eterna, debía beberse de la misma cabeza de Juan Bautista, el "auténtico" cáliz o Grial, falseado por el catolicismo.

Dentro de este *galimatías*, para retomar el término que usamos al comienzo, encontramos también la idea de que el Grial era el Arca de la Alianza, supuestamente hallada también por los templarios, que, acorde con la tradición, se guardaba en los sótanos del Templo de Salomón; o bien el recipiente donde se conservaba el maná, que estaba dentro del Arca. Y para colmo, retomando una fantasía literaria de David

Livingstone, explorador británico del siglo XIX, también se ha afirmado que el Grial cátaro, tan en boga hoy en día, es un símbolo de la Cábala judía.

Finalmente, QQ.HH. no dejemos que este "neo-catarismo-templárico" nos induzca a algo más, que a la lectura de las pocas buenas novelas que hasta ahora ha producido.

José Luis Najenson

R:L:S: La Fraternidad No. 62

Valle de Tel Aviv

Junio 27/18